

eco

contemporáneo

UPS

MNS



¿Cuál será la realidad social, política y económica de la Tierra dentro de 32 años?

El poeta Thomas Merton (1915-1968) fue el Padre Luis en la Abadía de Nuestra Señora de Gethsemani, monasterio trapense situado en Kentucky, Estados Unidos. Sus muchos libros de ensayos han sido traducidos al castellano, dividiéndose entre las reflexiones sobre la vida contemporánea y trabajos más complejos de interpretación teológica. El texto aquí ofrecido pertenece al volumen *Rails on the Unspeakable* (New Directions), editado como *Incuriones en lo indecible* (por Plaza & Janés). Generalmente, las traducciones españolas son más rígidas y neutralizadoras de la poesía original. Los libros mencionados por Merton en este escrito son *Walden* (o *La vida en los bosques*) de David Henry Thoreau, *El Señor de las Moscas* de William Golding (sobre un grupo de escolares que perdidos en una isla desierta retroceden hacia el salvajismo) y *Rinoceronte* de Eugene Ionesco. En cuanto a Fort Knox, es el fortín donde la Tesorería estadounidense guarda las reservas de oro de ese país.

Voy a decir esto antes de que la lluvia se vuelva un servicio público que ellos puedan planificar y distribuir por dinero. Con "ellos" me refiero a los incapaces de entender que la lluvia es un festival, gente que no aprecia su gratuidad, pensando que lo que no tiene precio carece de valor y que lo que no puede venderse no es real, de tal modo que para que algo sea verdadero resulte preciso colocarlo en el mercado. Vendrá un tiempo en el cual te venderán hasta tu propia lluvia. Por el momento es gratis todavía, y estoy en ella. Celebro su gratuidad y su carencia de significado.

Esta lluvia en la cual estoy no es como la lluvia de las ciudades. Llena los bosques con un sonido inmenso y perplejo. Cubre el techo plano de la cabaña y su galería con ritmos persistentes y regulados. Y la escucho, porque me recuerda una y otra vez que todo el mundo anda en base a ritmos que aún no ha aprendido a reconocer, ritmos que no son los del ingeniero.

Anoche subí aquí desde el monasterio, chapaleando por el maízal, dije Visperas, y para cenar puse algo de avena en la lámpara Coleman. Hirvió hasta desbordarse mientras yo escuchaba la lluvia y tostaba un pedazo de pan en el fuego de leña. La noche se volvió muy oscura. La lluvia rodeó toda la cabaña con su mito inmensamente virginal, un mundo entero de significado, de secreto, de silencio, de rumor. Plénesco: ¡todo ese discurso chorreante, no vendiendo nada, no juzgando a nadie, empapando la espesa alfombra de hojas muertas, remojando los árboles, llenando de agua las zanjas y quebradas del bosque, lavando esas laderas que el hombre ha desnudado! ¡Qué gran

cosa es sentarse absolutamente solo, en el bosque, de noche, mimado por este idioma maravilloso, ininteligible e inocente hasta la perfección, la lengua más alentadora del mundo, una charla que la lluvia compone encima de los cerros, y la conversación de los arroyos en todas las cañadas!

Nadie la inició, nadie va a detenerla. Esta lluvia continuará hablando todo lo que quiera. Mientras lo haga, seguiré escuchándola.

Pero también voy a dormir, pues aquí en este descampado he aprendido cómo dormir de nuevo. Aquí no soy un forastero. Conozco los árboles, conozco la noche, conozco la lluvia. Cierro los ojos e instantáneamente me hundo en todo un mundo lluvioso del cual soy parte, y el mundo prosigue conmigo en él, ya que no le resulto extraño. Soy extraño a la baraunda de las ciudades, de las mchedumbres, a la avaricia de una maquinaria que no duerme, al zumbido del poder que devora la noche. Me resulta imposible dormir donde se menosprecia la lluvia, la luz solar y la tiniebla. No confío en nada que haya sido manufacturado para substituir el clima del bosque o praderas. No puedo confiar en sitios donde el aire es primero descompuesto y luego depurado, donde primero envenenan el agua y después la purifican con otros venenos. No existe en el mundo de los edificios nada que no sea fabricado, y si por equivocación un árbol se mete en las casas de departamentos, se le enseña a crecer químicamente. Se le da una razón precisa para existir. Le cuelgan un cartel que dice: por la salud, la belleza, la perspectiva. Que es por la paz, la prosperidad; que fue plantado por la hija del intendente. Todo esto es mistificación. La mismísima ciudad vive de su propio mito. En vez de despertar y existir silenciosamente, la gente de la ciudad prefiere un sueño caprichoso y fabricado; a ellos no les importa ser parte de la noche, o ser meramente del mundo. Han edificado un mundo fuera del mundo, contra el mundo, un mundo de ficciones mecánicas que desprecia la naturaleza y sólo busca sacar provecho de ella, impidiendo así que ella y el hombre se renueven.

Por supuesto que el festival de la lluvia no puede detenerse, ni siquiera en la ciudad. La mujer de la despensa se escabulle por la acera con un diario sobre su cabeza. Las calles, lavadas súbitamente, se vuelven transparentes y cobran vida, y el ruido del tráfico se convierte en un chapoteo de fuentes. Uno casi podría pensar que el hombre urbano, bajo el chaparrón, tendría que tomar en cuenta a la naturaleza en su humedad y frescura, su bautismo y su renovación. Pero la lluvia no trae renovación a la ciudad, sino apenas para el clima del día siguiente, y el destello de las ventanas en altos edificios no tendrá entonces nada que ver con el nuevo cielo. Toda "realidad" permanecerá entre esos muros, en algún rincón, contándose y vendiéndose con una determinación fantásticamente compleja.

Entretanto, los obsesionados ciudadanos se sumergen en la lluvia soportando la carga de sus obsesiones, levemente más vulnerables que antes, pero todavía captando muy escasamente las realidades externas. No ven que las calles brillan hermosamente, que ellos mismos están caminando sobre estrellas y agua, que van corriendo sobre cielos para alcanzar un ómnibus o un taxi, para protegerse de algún modo comprimidos por humanos irritados, los rostros de los avisos y el ruido opaco, cretino, de una música no identificada. Pero deben saber que allí afuera hay humedad. Tal vez hasta la sientan. Yo no podría decirlo. Sus quejas son mecánicas y carecen de aliento.

Naturalmente, nadie puede creer las cosas que ellos dicen acerca de la lluvia. Todo implica una mentira básica: **solamente la ciudad es real.** Ese tiempo, al no haber sido planeado, no estando fabricado, es una impertinencia, es un quiste en el rostro del progreso. (Apenas una senella operacioncita y todo ese desiporree podría volverse relativamente tolerable. Que el comercio haga la lluvia. Esto le daría significación.)

Thoreau se sentaba en su cabaña y criticaba al ferrocarril. Yo me siento en la mía y cavilo sobre un mundo que, bueno, ha progresado. Debo leer Walden otra vez, y ver si Thoreau ya conjeturaba que él mismo era parte de lo que pensaba poder cludir. Pero no se trata de "escapar". Ni siquiera es cuestión de protestar muy alto. La tecnología está acá, aún en la cabaña. Es cierto, la línea de la usina no está aquí todavía, por lo tanto tampoco ha llegado la General Electric. Cuando la usina y la General Electric entren abrazadas a mi cabaña no será culpa de nadie, excepto la mía. Lo admito. A nadie trato de engañar, ni siquiera a mí mismo. Sufriré en silencio su fanfarronada y sus complacencias paternalistas. Les dejaré creer que saben lo que estoy haciendo acá.

Están convencidos de que me estoy divirtiendo.

Esto ya me lo hizo ver de un golpe mi linterna Coleman. Hermosa lámpara: quema gas blanco y canta defectuosamente, pero emite una fantástica luz verde con la que leo a Filoxenes, un ermitaño sirdo del siglo sexto. Filoxenes encaja con la lluvia y el festival nocturno. Más sobre esto dentro de un rato. Entretanto: ¿qué me dice mi farol Coleman? (La filosofía Coleman viene impresa en la caja de cartón que [con remordimiento] no he barnizado como se requería, sino que tiré en la leñera detrás de los troncos de nogal.) Coleman dice que la luz es buena, por esta razón: "Estrira los días dando más horas de goce".

¿No puedo estar en los bosques sin alguna razón especial? ¡Estar en el bosque, de noche, en la cabaña, es algo demasiado excelente para justificarlo o explicarlo! Meramente es. Siempre hay algunos pocos que están en el bosque de noche, bajo la lluvia (porque si no los hubiera el mundo ya se habría ter-

minado), y yo soy uno de ellos. No nos estamos divirtiendo, no estamos "teniendo" algo, no estamos "estirando nuestros días", y si nos divirtiéramos ello no sería medido por horas. Aunque por cierto la diversión parece ser eso: un estado de excitación difusa que puede medirse con el reloj y "estirarse" con un artefacto.

No hay reloj capaz de medir el coloquio de esta lluvia que cae durante toda la noche en el monte anegado y solitario.

Por supuesto, a las tres y media de la madrugada pasa el avión del Comando Aéreo Estratégico, con su luz roja parpadeando bajo las nubes, peinando las cumbres arboladas en el costado sur del valle, cargado con medicina poderosa. Muy fuerte. Lo suficiente como para calentar todos estos bosques y nuestras horas de diversión hasta las eternidades.

Y ello me trae a Filoxenes, un sirdo que se divertía en el siglo sexto, sin el beneficio de los artefactos y menos aún de disuasivos nucleares.

Filoxenes, en su novena memra (sobre la pobreza) a quienes viven en la soledad, expresa que no hay explicación ni justificativo para la vida solitaria, puesto que carece de ley. Ser un contemplativo, por lo tanto, es ser un fuera de la ley. Como lo fue Cristo. Como lo fue Pablo.

Quien no esté "solo", dice Filoxenes, no ha descubierto su identidad. Parecería estar solo, tal vez, porque se experimenta como "individuo". Pero al hallarse voluntariamente encastillado y limitado por las leyes y las ilusiones de la existencia colectiva, no tiene más identidad que un homote en el vientre. Aún no es consciente. Es un forastero de su propia verdad. Posee sentidos, pero no puede usarlos. Tiene vida, pero no identidad. Para tener identidad, tiene que despertar, y percibir. Pero para despertar, tiene que aceptar la vulnerabilidad y la muerte. No por ellas mismas: tampoco por estoicismo o desesperación. Sino únicamente por la invulnerable realidad interior que no podemos reconocer (que solamente podemos ser), pero a la cual despertamos recién cuando vemos la irrealdad de nuestra vulnerable corteza. El descubrimiento de este ser interior es un acto y una afirmación de la soledad.

Ahora bien, si tomamos nuestra corteza vulnerable como nuestra identidad verdadera, si pensamos que nuestra máscara es nuestra cara verdadera, la protegeremos con fabricaciones aunque ello nos cueste violar nuestra propia verdad. Tal parece ser el propósito colectivo de la sociedad: cuanto más activamente se dedican a ello los hombres, más certamente se vuelve una ilusión colectiva. Hasta que al final tenemos la dinámica enorme, obsesiva e incontrolable de las fabricaciones diseñadas para proteger meras identidades ficticias. Es decir, "sujetos" considerados como objetos. Sujetos que pueden dar

un paso atrás y verse a sí mismos divirtiéndose (una ilusión que les calma con la impresión de ser reales).

Tal es la ignorancia que se toma como fundamento axiomático de todo conocimiento en la colectividad humana: a fin de experimentarse a sí mismo como real uno tiene que suprimir su conciencia de ser incidental, su irrealidad, su estado de carencia radical. Esto se logra elaborando una percepción de uno mismo como alguien que **no tiene necesidades que no pueda satisfacer de inmediato**. Básicamente, se trata de una ilusión de omnipotencia: una ilusión que la colectividad se adjudica a sí misma, y que acepta compartir con sus miembros individuales de modo proporcional según se sometan a sus fabricaciones más centralizadoras y más rígidas.

Uno tiene necesidades, pero si se porta bien y se conforma, puede tener una porción del poder colectivo. Entonces podrá saciar todas sus carencias. Entretanto, a fin de incrementar su poder sobre uno, la colectividad aumenta sus necesidades. También estrecha su reclamo de conformidad. De este modo, uno se compromete más y más con la ilusión colectiva de manera proporcional, según se vaya endeudando sin esperanzas con el poder colectivo.

¿Cómo funciona tal cosa? La colectividad instruye y modela tu voluntad de felicidad ("diviértete") brindándote imágenes irresistibles de vos mismo como te gustaría ser: **divirtiéndote de un modo tan perfectamente creíble que no permite interferencias de dudas conscientes**. Teóricamente, semejante diversión puede ser tan convincente que uno ya no percibe siquiera una remota posibilidad de que se vuelva algo menos gratificante. En la práctica, una diversión costosa siempre admite una duda, que desemboca en otra necesidad mayor, que por su parte exige una satisfacción todavía más creíble y más costosamente refinada, que de nuevo vuelve a fallarte. El ciclo concluye en la desesperación.

Dado que vivimos en el vientre de la ilusión colectiva, nuestra libertad resulta abortiva. Nuestro potencial para el goce, la paz y la libertad jamás es liberado. Jamás puede utilizarse. Somos prisioneros de un proceso, una dialéctica de promesas falsas y decepciones reales que culminan en la futilidad.

Dice Filoxenes: "El niño nonato es ya perfecto y se halla plenamente constituido en su naturaleza, con todos sus sentidos, y miembros, pero no puede utilizarlos en sus funciones naturales. Porque en el vientre no le es posible fortalecerlos o desarrollarlos para tal uso".

Ahora bien, dado que a todas las cosas les llega su tiempo, hay un periodo para el nonato. Claro está, debemos comenzar en el vientre social. En el mito colectivo hay un tiempo para la calidez. Pero llega el momento de nacer. Quien "nace" espiritualmente como una identidad madura, queda liberado del

vientre aprisionante del mito y del prejuicio. Aprende a pensar por sí mismo, no guiado ya por los dictados de la necesidad y por los sistemas y procesos diseñados para crear necesidades artificiales que luego serán "satisfechas".

Esta emancipación puede tener dos formas: inicialmente, la de la vida activa, que se libera del sometimiento a la necesidad considerando y atendiendo las necesidades de los otros, sin ideas de interés personal o compensación. Y segundo, la vida contemplativa, que no debe construirse como una fuga del tiempo y la materia, de la responsabilidad social y de la vida de los sentidos, sino más bien como un avance hacia la soledad y el desierto, una confrontación con la pobreza y la vaciedad, una renuncia al Yo empírico, en presencia de la muerte y la nada, a fin de superar la ignorancia y el error que surgen del miedo a "no ser nada". El hombre que osa estar solo puede llegar a ver que el "vacío" y la "inutilidad" que la mente colectiva teme y condena son condiciones fundamentales para el encuentro con la verdad.

Es en el desierto de soledad y vaciedad que el miedo a la muerte y la necesidad de autoafirmación se descubren como ilusorios. Cuando esto se ve de frente, la angustia no es necesariamente vencida, pero puede aceptarse y comprenderse. Así, en el corazón de la angustia se hallan los dones de la paz y la comprensión: no simplemente en la iluminación y la liberación personales, sino mediante el compromiso y la afinidad, ya que el contemplativo debe asumir la angustia universal y su ineludible condición de hombre mortal. El solitario, lejos de confinarse en sí mismo, se vuelve cada hombre. Habita en la soledad, la pobreza, la indigencia de todo hombre.

Es en este sentido que el ermitaño, según Filoxenes, imita a Cristo. Pues en Cristo, Dios toma para Sí la soledad y el desamparo del hombre: todo hombre. Desde el instante en que Cristo se fue al desierto para ser tentado, la soledad, la tentación y el hambre de cada hombre se volvieron la soledad, la tentación y el hambre de Cristo. Pero en cambio, el don de la verdad con que Cristo dispuso los tres tipos de ilusión ofrecidos en su tentación (seguridad, prestigio y poder) puede convertirse en nuestra propia verdad, solo si podemos aceptarlo. También se nos ofrece en la tentación. Dijo Filoxenes: "Ve tú al desierto sin llevar contigo nada del mundo, y contigo irá el Espíritu Santo. Mira la libertad con que Jesús se fue y vete como Él — mira dónde ha dejado las reglas del hombre; deja las reglas del mundo donde Él dejó la ley, y sal con Él a combatir el poder del error".

¿Y dónde se encuentra el poder del error? Después de todo hallamos que no estaba en la ciudad, sino en nosotros mismos.

Hoy en día, las reflexiones de un Filoxenes han de buscarse menos en los tratados de los teólogos que en las meditaciones

de los existencialistas y en el Teatro del Absurdo. El problema de Berenger, en el *Rinoceronte* de Ionesco, es el problema de la persona humana desamparada y sola en lo que amenaza volverse una sociedad de monstruos. En el siglo sexto Berenger tal vez se habría ido al desierto de Escitia, sin preocuparse demasiado porque todos sus conciudadanos, todos sus amigos y hasta su novia Margarita se han convertido en rinocerontes.

Hoy el problema es que ya no quedan desiertos, solamente hay bungalows para turistas.

Las islas desiertas son sitios donde los perversos personajes infantiles de *El Señor de las Moscas* se topan cara a cara con el Señor de las Moscas, constituyen una pequeña, hermética y feroz colectividad de rostros pintarrajeados, y se arman con lanzas para cazar al último componente de su grupo que todavía recuerda nostálgicamente las posibilidades del debate racional.

Cuando Berenger descubre repentinamente que es el último humano en un rebaño de rinocerontes, se mira al espejo y dice humildemente: "Después de todo, el hombre no es tan malo como parece, ¿verdad?" Pero su mundo ahora se estrema fuertemente con la estampida de sus metamorfoseados congéneres, y pronto se da cuenta que la mismísima estampida es el más elocuente y trágico de todos los argumentos. Pues cuando considera el salir a la calle "para tratar de convencerlos", se da cuenta de que "tendría que aprender su lenguaje". Observándose en el espejo, nota que ya no se parece a nadie. Busca enloquecido una foto de la gente como era antes del gran cambio. Pero ahora la humanidad misma se ha vuelto increíble, así como horripilante. Ser el último humano en un rebaño de rinocerontes resulta, de hecho, ser un monstruo.

Ese es el problema en que nos sitúa Ionesco con su trágica ironía: la soledad y el disintimiento se vuelven cada vez más y más imposibles, más y más absurdos. Que Berenger acepte finalmente su absurdo y corra a desafiar a todo el rebaño, solamente remarca la futilidad de un compromiso con la rebelión. Al mismo tiempo con *Le Nouveau Locataire* (*El nuevo inquilino*), Ionesco pinta el absurdo de un individualismo lógicamente coherente que, de hecho, es un auto-aislamiento mediante la pseudo-lógica de necesidades y posesiones en proliferación.

Ionesco se quejó porque la producción de *Rinoceronte* en Nueva York se encoró como una farsa: la llamó un malentendido absoluto. Se trata de una pieza no solamente contra el conformismo sino sobre el totalitarismo. El rinoceronte no es una bestia amable, y teniendo cerca se acaba la diversión y las cosas se ponen serias. Todo tiene que tener sentido y ser totalmente útil para el operativo absolutamente obsesivo. Al mismo tiempo, Ionesco fue criticado por no darle al público

"algo positivo" para llevárselo consigo, en vez de solamente "rechazar la aventura humana". (Presumiblemente, la *rinoceritis* [es lo último en aventuras humanas!]) Respondió: "Ellos [los espectadores] se van vacíos, y esa era mi intención. ¡El oficio de un hombre libre es salirse de este vacío mediante su propio poder y no con el poder de otra gente!" En esto Ionesco se aproxima mucho al Zen y al eremitismo cristiano.

"En todas las ciudades del mundo es lo mismo", dice Ionesco. "El hombre universal y moderno es el hombre apresurado (o sea, el rinoceronte), un hombre carente de tiempo, prisionero de la necesidad, incapaz de entender que una cosa podría no tener utilidad; y menos comprender que, en el fondo, lo útil podría ser una carga inservible y deslomadora. Si no se entiende la utilidad de lo inútil y la inutilidad de lo útil, no puede entenderse el arte. Y un país donde el arte es incomprendido es un país de esclavos y de robots..." (Notes et Contre Notes, pág. 129). La *rinoceritis*, añade, es la enfermedad que se encuentra al acecho "de quienes han perdido el sentido y el gusto por la soledad".

El amor a la soledad es a veces condenado como "un odio a nuestro prójimo" ¿Es esto verdad? Si llevamos más lejos nuestro análisis del pensamiento colectivo, encontraremos que la dialéctica del poder y la necesidad, de la sumisión y la satisfacción, terminan siendo una dialéctica del odio. El colectivismo necesita no sólo absorber a todo el que pueda, sino también implícitamente odiar y destruir a todo el que no es posible absorber. Paradójicamente, una de las necesidades del colectivismo es excluir a ciertas clases, o razas, o grupos, para reforzar su propia conciencia de sí mismo, odiándolos en vez de absorberlos.

Así, el solitario no puede sobrevivir, a menos que sea capaz de amar a todos, sin preocuparle el hecho de que posiblemente todos lo considerarán un traidor. Solamente el hombre que ha alcanzado plenamente su propia identidad espiritual puede vivir sin la necesidad de matar, y sin la necesidad de una doctrina que le permita hacerlo con buena conciencia. Siempre habrá un lugar, dice Ionesco, "para esas conciencias aisladas que se han alzado a favor de la conciencia universal" así como contra la mente masificada. Pero su lugar es la soledad. No tienen otro. Por eso es el solitario (sea en la ciudad o en el desierto) quien le hace a la humanidad el inestimable favor de recordarle su genuina capacidad de madurez, libertad y paz.

Para mí suena muy mucho como Filoxenes.

Y suena como lo que dice la lluvia. Soportamos todavía esta carga de ilusión porque no osamos solitaria. Sufrimos todas las necesidades que la sociedad nos exige sufrir, porque si no tenemos tales necesidades perdemos nuestra "utilidad" en la sociedad —la utilidad de los tontos y los engañados—. Teme-

mos estar solos, y ser nosotros mismos, para recordarles así a los demás la verdad que los habita.

"No os haré tan ricos como para que tengáis necesidad de muchas cosas", dice Filoxenes (poniendo estas palabras en labios de Cristo), "pero os haré ricos verdaderos que no tienen necesidad de nada. Ya que no es rico aquel que tiene muchas posesiones, sino el que no tiene necesidades." Obviamente, siempre tendremos algunas necesidades. Pero sólo el que tenga las necesidades más sencillas y naturales podrá considerarse sin necesidades, dado que las únicas que tiene son auténticas, ¡y las reales no son difíciles de satisfacer si uno es un hombre libre!

La lluvia ha cesado. El sol de la tarde se inclina a través de los pinos: ¡cómo huelen esas agujas inservibles en el aire claro!

Un diente de león, bien fuera de estación, ha conseguido florecer entre las aplastadas hojas de lirios del verano pasado. El valle resuena con la charla totalmente no informativa de las quebradas y el agua silvestre.

Entonces, las codornices inician su dulce silbido entre los arbustos húmedos. Su ruido es absolutamente inservible, así como el delecto que me producen. No hay nada que prefiera oír en cambio, no porque sea mejor ruido que otros, sino porque es la voz del momento presente, del presente festival.

Sin embargo, hasta aquí mismo tiembla la tierra. Allí, en Fort Knox, el rinoceronte se divierte.

© The Trustees of The Merton Legacy Trust.

Publicado con autorización. Traducido por Miguel Grinberg.

MISION DEL ESCRITOR

Albert Camus

Discurso pronunciado por Albert Camus (1913-1960) al recibir el Premio Nobel de Literatura en Estocolmo (1958).

Al recibir la distinción con que vuestra libre Academia ha querido honrarme, mi gratitud es tanto más profunda cuanto que mido hasta qué punto esa recompensa excede mis méritos personales.

Todo hombre, y con mayor razón todo artista, desea que se reconozca lo que él es o quiere ser. Yo también lo deseo. Pero al conocer vuestra decisión me fue imposible no comparar su resonancia con lo que realmente soy. ¿Cómo un hombre casi joven todavía rico sólo de sus dudas, con una obra apenas en desarrollo, habituado a vivir en la soledad del trabajo o en el retiro de la amistad, podría recibir, sin cierta especie de pánico,

un galardón que le coloca de pronto, y solo, en plena luz? ¿Con qué estado de ánimo podía recibir ese honor al tiempo que, en tantas partes, otros escritores, algunos entre los más grandes, están reducidos al silencio y cuando, al mismo tiempo, su tierra natal conoce incesantes desdichas?

Sinceramente he sentido esa inquietud y ese malestar. Para recobrar mi paz interior me ha sido necesario ponerme a tono con un destino harto generoso. Y como me era imposible igualarme a él con el solo apoyo de mis méritos, no he hallado nada mejor, para ayudarme, que lo que me ha sostenido a lo largo de mi vida y en las circunstancias más opuestas: la idea que me he forjado de mi arte y de la misión del escritor. Permittedme que, aunque sólo sea en prueba de reconocimiento y amistad, os diga, con la sencillez que me sea posible, cuál es esa idea.

Personalmente, no puedo vivir sin mi arte. Pero jamás he puesto ese arte por encima de toda otra cosa. Por el contrario, si él me es necesario, es porque no me separa de nadie y me permite vivir, tal como soy, al nivel de todos. A mi ver, el arte no es una diversión solitaria. Es un medio de emocionar al mayor número de hombres, ofreciéndoles una imagen privilegiada de dolores y alegrías comunes. Obliga, pues al artista a no aislarse; le somete a la verdad, a la más humilde y más universal. Y aquellos que muchas veces han elegido su destino de artistas porque se sentían distintos, aprenden pronto que no podrán nutrir su arte ni su diferencia sino confesando su semejanza con todos.

El artista se forja en ese perpetuo ir y venir de sí mismo a los demás, equidistante entre la belleza, sin la cual no puede vivir, y la comunidad, de la cual no puede desprenderse. Por eso los verdaderos artistas no desdennan nada; se obligan a comprender en vez de juzgar. Y si han de tomar un partido en este mundo, éste sólo puede ser el de una sociedad en la que, según la gran frase de Nietzsche, no ha de reinar el juez sino el creador, sea trabajador o intelectual.

Por lo mismo, el papel de escritor es inseparable de difíciles deberes. Por definición, no puede ponerse al servicio de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren. Si no lo hiciera, quedaría solo, privado hasta de su arte. Todos los ejércitos de la tiranía, con sus millones de hombres, no le arrancarían de la soledad, aunque consienta en acomodarse a su paso y, sobre todo, si lo consintiera. Pero el silencio de un prisionero desconocido, abandonado a las humillaciones en el otro extremo del mundo, basta para sacar al escritor de su soledad, cada vez, al menos, que logra, en medio de los privilegios de su libertad, no olvidar ese silencio, y trata de recogerlo y reemplazarlo para hacerlo valer mediante todos los recursos del arte.

Ninguno de nosotros es lo bastante grande para semejante vocación. Pero en todas las circunstancias de su vida, obscuro o provisionalmente célebre, ahorrado por la tiranía o libre de poder expresarse, el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva, que le justificará a condición de que acepte, en la medida de sus posibles, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad. Y pues su vocación es agrupar el mayor número posible de hombres, no puede acomodarse a la mentira y a la servidumbre que, donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión.

Durante más de veinte años de una historia demencial, perdido sin recurso, como todos los hombres de mi edad, en las convulsiones del tiempo, sólo me ha sostenido el sentimiento hondo de que escribir es hoy un honor, porque ese acto obliga, y obliga a algo más que a escribir. Me obligaba, esencialmente, tal como yo era y con arreglo a mis fuerzas, a compartir, con todos los que vivían mi misma historia, la desventura y la esperanza. Esos hombres —nacidos al comienzo de la primera guerra mundial, que tenían veinte años a tiempo de instaurarse, a la vez, el poder hitleriano y los primeros procesos revolucionarios, y que para completar su educación se vieron enfrentados luego a la guerra de España, la segunda guerra mundial, el universo de los campos de concentración, la Europa de la tortura y de las prisiones— se ven hoy obligados a orientar sus hijos y sus obras en un mundo amenazado de destrucción nuclear. Supongo que nadie pretenderá pedirles que sean optimistas. Hasta luego a pensar que debemos ser comprensivos, sin dejar de luchar contra ellos, con el error de los que, por un exceso de desesperación, han reivindicado el derecho al deshonor y se han lanzado a los nihilismos de la época. Pero sucede que la mayoría de entre nosotros, en mi país y en el mundo entero, han rechazado el nihilismo y se consagran a la conquista de una legitimidad. Les ha sido preciso forjarse un arte de vivir para tiempos catastróficos, a fin de nacer una segunda vez y luchar luego, a cara descubierta, contra el instinto de muerte que se agita en nuestra historia.

Indudablemente, cada generación se cree destinada a rehaer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá hacerlo. Pero su tarea es quizá mayor. Consiste en impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida en la que se mezclan las revoluciones fracasadas, las técnicas enloquecidas, los dioses muertos y las ideologías extraneas; en la que poderes mediocres, que pueden hoy destruirlo todo, no saben convencer; en que la inteligencia se humilla hasta ponerse al ser-

vicio del odio y de la opresión, esa generación ha debido, en sí misma y a su alrededor, restaurar, partiendo de sus amargas inquietudes, un poco de lo que constituye la dignidad de vivir y de morir. Ante un mundo amenazado de desintegración, en el que nuestros grandes inquisidores arriesgan establecer para siempre el Imperio de la muerte, sabe que debería, en una especie de carrera loca contra el tiempo, restaurar entre las naciones una paz que no sea la de la servidumbre, reconciliar de nuevo el trabajo y la cultura y reconstruir con todos los hombres una nueva Arca de la alianza. No es seguro que esta generación pueda al fin cumplir esa labor inmensa, pero lo cierto es que, por doquier en el mundo, viene ya hecha, y la mantiene, su doble apuesta en favor de la verdad y de la libertad y que, llegado el momento, sabe morir sin odio por ella.

Es esta generación la que debe ser saludable y al-m-tada donde quiera que se halle y, sobre todo, donde se sacrifica. En ella, seguro de vuestra profunda aprobación, quisiera yo declinar hoy el honor que acabáis de hacerme.

Al mismo tiempo, después de expresar la nobleza del oficio de escribir, querría yo situar al escritor en su verdadero lugar, sin otros títulos que los que comparte con sus compañeros de lucha, vulnerable pero tenaz, injusto pero apasionado de justicia, realizando su obra sin vergüenza ni orgullo, a la vista de todos; atento siempre al dolor y a la belleza; consagrado, en fin, a sacar de su ser complejo las creaciones que intenta levantar, obstinadamente, entre el movimiento destructor de la historia.

¿Quién, después de eso, podrá esperar que él presente soluciones ya hechas y bellas lecciones de moral? La verdad es misteriosa, huidiza, y siempre hay que tratar de conquistarla. La libertad es peligrosa, tan dura de vivir como exaltante. Debemos avanzar hacia esos dos fines, penosa pero resueltamente, descontando por anticipado nuestros desfallecimientos a lo largo de tan dilatado camino. ¿Qué escritor osaría, en conciencia, proclamarse predicador de virtud? En cuanto a mí, necesito decir una vez más que no soy nada de eso. Jamás he podido renunciar a la luz, a la dicha de ser, a la vida libre en que he crecido. Pero aunque esa nostalgia explique muchos de mis errores y de mis falias, indudablemente me ha ayudado a comprender mejor mi oficio y también a mantenerme, decididamente, al lado de todos esos hombres silenciosos, que no soportan en el mundo la vida que les toca vivir más que por el recuerdo de breves y libres momentos de felicidad y por la esperanza de volverlos a vivir.

Reducido así a lo que realmente soy, a mis verdaderos límites, a mis deudas y también a mi fe difícil, me siento más libre para destacar, al concluir, la magnitud y generosidad de la distinción que acabáis de hacerme. Más libre también para

deciros que quisiera recibirla como homenaje rendido a todos los que, participando en el mismo combate, no han recibido privilegio alguno y, en cambio, han conocido desgracias y persecuciones. Sólo me resta daros las gracias, desde el fondo de mi corazón, y haceros públicamente, en prenda de personal gratitud, la misma y vieja promesa de fidelidad que cada verdadero artista se hace a sí mismo, silenciosamente, todos los días.

Los mitos no tienen vida por sí mismos. Esperan que los encarnemos. Basta que un solo hombre en el mundo responda a su llamamiento, para que nos brinden su savia intacta. Tenemos que preservar a éste y hacer que su sueño no sea mortal, para que la resurrección se haga posible. Dudo a veces de que esté permitido salvar al hombre de hoy. Pero todavía es posible salvar, en su cuerpo y en su espíritu, a los hijos de este hombre. Es posible ofrecerles al mismo tiempo las oportunidades de la dicha y las de la belleza. Si nosotros debemos resignarnos a vivir sin la belleza y sin la libertad que ella significa, el mito de Prometeo es uno de los que nos recordarán que toda mutilación del hombre no puede ser más que provisional, y que en nada se sirve al hombre, si no se le sirve por completo. Si tiene hambre de pan y de brezos, y si es verdad que el pan es lo más necesario, aprendamos a preservar el recuerdo de los brezos. En el corazón más sombrío de la historia, los hombres de Prometeo, sin cesar en su duro oficio, conservarán una mirada sobre la tierra y sobre la hierba infatigable. El héroe encadenado mantiene en el rayo y en el trueno divinos su fe tranquila en el hombre. Así como él es más duro que su roca y más paciente que su buitres. Más que la revuelta contra los dioses, es esta larga obstinación la que tiene sentido para nosotros. Y también esta admirable voluntad de no separar ni excluir nada, que siempre ha reconciliado y reconciliará todavía el corazón dolorido de los hombres con las primaveras del mundo.

A. CAMUS: Prometeo en los infiernos.

eco contemporáneo

Serie Omega
1/1978

Publicación adherida al Sindicato Internacional de la Prensa Alternativa (INDO U/APS), al Movimiento Nueva Sincronía (MNS) y a la Organización Pro-World 99. RNPI en trámite.
Eco Contemporáneo, C. C. Central 1933, 1000 Capital, Argentina.

LA CONFUSION TOTAL

Antonin Artaud

El poeta Antonin Artaud (1896-1948) exclamó entonces: "No podemos vivir eternamente rodeados de muertos y de muerte. Y si todavía quedan prejuicios hay que destruirlos. 'El deber', digo bien, EL DEBER del escritor, del poeta, no es ir a encerrarse cobardemente en un texto, un libro, una recita de donde ya nunca saldrá, sino al contrario salir afuera, para sacudir, para atacar al espíritu público. Si no ¿para qué sirve? ¿Y para qué nació?".

Todo me disgusta en la prodigiosa suciedad de este tiempo. Todo lo que vivimos es sólo una fachada. Todo lo que se hace debe servir para algo aprovechable. ¿Aprovechable para quién y para qué? No, sin duda, para la mayoría de los hombres que viven en una condición infrahumana; ni siquiera para mejorar al resto, que vive bloqueado en sus más altas aspiraciones.

Nos encontramos con un mundo organizado según una tabla de valores morales y culturales tan arbitraria, que ha llevado a la confusión total. Nadie sabe qué es lo bueno o lo malo, lo digno o lo indigno, lo superior o lo inferior.

El hombre se siente aplastado, paralizado, por una confabulación de fuerzas que, en nombre del bien, del orden y del progreso, de la libertad y la justicia, destruyen lo sagrado de la vida, anulando la individualidad libre mediante los medios que el poder ofrece: la presión económica, la censura moral, la hipnosis publicitaria; pero de un modo sutil, inconsciente, irresistible, verdaderamente mágico.

Nos movemos en un mundo basado en la supuesta eficacia de la inteligencia, en el saber y en el orden. Todos estos principios no han servido más que para arrojarlos al desorden, no sólo espiritual sino material.

Existe un hechizamiento colectivo donde la paz es violencia; no hay amor, ni siquiera odio, todos los cuerpos están repletos hasta el hartazgo, las conciencias resignadas, no hay más que una inmensa satisfacción de inertes.

El maleficio se origina en el hombre ávido de poder y se trasmite a todos los que le sirven y a todos los que se someten.

Los detentadores de una fuerza sombría han establecido el molde humano, han conformado el tipo humano, han agrotado al cuerpo humano, han cementado la vida humana coom en un horno de cal, arena, asfalto y hormigón armado.

Esta civilización tiene por leyes: Aquel que está desprovisto de máquinas, cañones, armas, bombas, tanques, gases asfixiantes, se convierte en presa de sus vecinos o del enemigo más armado. De una sociedad así podría decirse que está planeada para arrastrar al hombre a la servidumbre.

"No podemos volver atrás,
sólo podemos abrirnos paso."

MARTIN BUBER

Tres son los desafíos grossos planteados al espíritu humano por esta época. Tres son las conquistas basales ineludibles para evitar que nuestra Civilización se proyecte irremediamente hacia una pesadilla eterna (que ya nos lacera con ferocidad aquí y ahora):

- a) la erradicación del homicidio individual o masivo como solución de los difendos (así como en siglos previos se superó el incesto y el canibalismo),
- b) la neutralización de dictaduras del racionalismo que masacran las tendencias poéticas del alma,
- c) la superación de esa falsa alternativa entre colectivismo o individualismo que ha frustrado a generaciones enteras durante el siglo XX.

No se trata precisamente de "inquietudes populares", ya que el grueso de nuestros contemporáneos se halla entregado a las toxicomanías del lucro y el consumo, de la impotencia o la resignación, cuando no de la imbecilidad lisa y llana. Aquí y allá, el nihilismo dibuja sus crudos rituales. Aquí y allá, también, el acto de disentir pacíficamente suele ser enérgicamente castigado. Empero, como un circuito de lucidez incorruptible, hay seres que a través de las décadas han mantenido activo un fervor mutatorio que nutre nuestra esperanza y nuestro compromiso, o sea, nuestra responsabilidad en contribuir a la creación de un futuro donde los tres objetivos mencionados queden resueltos.

Pero hay otro futuro que sólo habla con predicciones mecanicistas, en base a interpolaciones estadísticas y a juegos anje los computadores. Esa es la Prospectiva donde el ser humano resulta apenas una ecuación, donde solamente importan las gimnastas especulativas de burócratas incapaces de admitir el valor de la poesía en el vector de la evolución de nuestra especie. Ese futuro no es tal cosa, aunque lo avalen organizaciones aparatosas o alguna internacional de la verborragia.

No hay futuro donde se niega a la juventud su derecho a ser idealista, romántica, soñadora. Cuando soñar se vuelve un delito, las sociedades se llenan de monstruos. Aunque aún en medio de las crisis más sórdidas queda espacio para cierto fervor invisible. Es en esa pasión inocente donde el futuro auténtico gesta su triple ceremonia.